

En recuerdo de Manuel Ulacia Altolaguirre (1953-2001)

James Valender

*Lentamente el ahogado recorre sus dominios
Donde el silencio quita su apariencia a la vida
Transparentes llanuras inmóviles le ofrecen
Árboles sin colores y pájaros callados...*

Luis Cernuda

Acaba de morir (12 de agosto) en una playa de Zihuatanejo, México, a los 48 años, el poeta Manuel Ulacia Altolaguirre. Son tantos los libros que se publican en uno y otro lado del Atlántico y a la vez son tan pocos los que efectivamente se leen, que resulta difícil saber con certeza si tal o cual escritor cuenta con un público efectivo (y más todavía cuando se trata, como en este caso, de un escritor relativamente joven aún). Sin embargo, me gustaría pensar que, en el momento de su muerte, Manuel fuese recordado al menos por dos hermosísimos poemarios. *El río y la piedra* (Valencia, Pre-Textos, 1989) y *Origami para un día de lluvia* (México, El Tucán de Virginia, 1990), así como por su reciente e utilísima introducción a la poesía de Octavio Paz, *El árbol milenario* (Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 1999). ¿Sería pedir demasiado esperar que se tuvieran presentes también las muchas otras publicaciones con que Manuel había enriquecido el mundo cultural de lengua española en los últimos quince o veinte años? Pienso, por ejemplo, en *La sirena en el espejo* (México, El Tucán de Virginia, 1990), una antología de la nueva poesía mexicana, que realizara en colaboración con Víctor Manuel Mendiola y José María Espinasa. O en *La fiesta* selección de la poesía cubana en el exilio que preparara con la ayuda de Nedda G. De Anhalt y de Víctor Manuel Mendiola. O en su primer libro de crítica literaria, *Luis Cernuda: escritura, cuerpo y deseo* (Barcelona, Laia, 1986), que tantos caminos nuevos abrió para la apreciación del gran poeta sevillano. O tam-

bién en numerosos poemas, ensayos y crónicas suyas que fueron apareciendo en diversas revistas literarias, pero sobre todo en *Vuelta*, de México, y en *Cuadernos Hispanoamericanos*, de Madrid. Me resisto a creer que toda esta estimable labor suya no haya encontrado eco en la sensibilidad de al menos algunos de los lectores actuales.

Nieto de dos destacados poetas españoles, Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, Manuel siempre asumía su ascendencia ibérica con entera naturalidad, pero sin por ello renunciar ni a la cultura mexicana en la que se crió y a la que tanto debía, ni tampoco a las tradiciones modernas de otras lenguas. De hecho, gracias en parte al ejemplo de dos mentores que iban a ejercer una influencia fundamental en su vida, el poeta Octavio Paz y el crítico Emir Rodríguez Monegal (profesor suyo en la Universidad de Yale), Manuel muy pronto se convirtió en un ciudadano del mundo, abierto a las corrientes más diversas del pensamiento y de la creación universales. Actitud que, de hecho, ya estaba patente en las alegres y candorosas páginas de la revista *El Zaguán* (1975-1977), publicación semestral fundada por él y por Alberto Blanco, en la que una nueva generación de poetas mexicanos (algo hastiados del nacionalismo aún dominante en ciertos ámbitos del país), iba dándose a conocer al lado de figuras ya consagradas como Vicente Aleixandre, Stephen Spender y el propio Octavio Paz.

«La lenta libertad», una imagen muy cara a su abuelo, sería también un excelente título para resumir la carrera de Manuel como poeta. Su primera colección, *La materia como ofrenda* (México, UNAM, 1980), fue un primer libro lleno de promesas, si bien aún demasiado fiel, en ocasiones, a sus dioses tutelares. Pasaron nueve años sin que apareciera una segunda entrega, *El río y la piedra* (1989), pero dicho libro dio fe del crecimiento muy notable ocurrido durante este lapso, de una seguridad de acento y de tono completamente nueva, evidente sobre todo en el poema «La piedra en el fondo», inspirado en la muerte de su padre. Este nuevo dominio de sí quedó confirmado enseguida por la publicación de *Origma para un día de lluvia* (México, El Tucán de Virginia, 1990), un poema extenso inspirado en unos versos que Luis Cernuda le había dedicado al propio Manuel cuando éste era niño («Niño tras un cristal»). Escrito en un ritmo de largo aliento, que pretende reunir pasado y presente, vida y poesía, en un mismo momento de contemplación desdoblada, el poema vive y respira gracias a una estructura acumulativa que no se presta a citas parciales. Pero tal vez al leer las dos primeras estrofas el lector podrá apreciar algo del tenor, de la mezcla de firme apología y de tierna intimidad, que caracteriza al conjunto:

Esta lluvia que bate los cristales
 es la misma de ayer.
 Oyes caer las gotas incesantes
 como un tamborileo
 que remedara el paso
 del día en fuga.
 Un charco transparente en el jardín,
 un trémulo reflejo,
 te vuelven al lugar
 en donde el agua ya no moja,
 a la casa vacía
 comida por el tiempo
 que la memoria salva.
 Absorto tras el cristal ves llover.
 A la luz tenue del farol contrasta
 la lluvia blanca con el aire oscuro.

De pronto, cesa el tiempo.
 Eres el de antes y eres otro:
 el visitante imperceptible
 que llega desde el ahora,
 al cuarto de antaño, donde te encuentras
 a Luis Cernuda. Camisa azul, tweed,
 paraguas en el brazo,
 te contempla en la fuerza
 tierna de tus siete años,
 adivinando la perla que el tiempo
 habría de formar en tu sombra...

Poema autobiográfico, conmovedor como pocos, *Origami* fue muy bien recibido en su momento; ha sido traducido ya al inglés (por Reginald Gibbons), al italiano (por Elina Patanè) y al checo (por Milos Sovak), y seguramente constituye uno de los poemas más hermosos escritos en México en los últimos años. En fechas más recientes Manuel había publicado *Arabian Knight* (Caracas, La Pequeña Venecia, 1993), un poemario escrito a raíz de viajes contrastantes a Escocia y a Marruecos, y *El plato azul* (México, Ditoria, 1999), otro poema muy largo que, en esta ocasión, ofreció una dramática reflexión sobre la persecución de los judíos en la Alemania de los nazis.

Los temas de estos dos últimos libros son indicativos de la amplísima gama de intereses que cultivaba Manuel. En realidad, su curiosidad no conocía límites. Pero más aún que la amplitud temática de su poesía, lo que quizás resulta más sorprendente es la tensión que se da en ella entre las exigencias formales de la vanguardia y lo que podríamos llamar la voz de su propia experiencia como poeta. A Manuel le fascinaba la vanguardia: Pound había sido uno de sus primeros dioses; *Blanco*, de Octavio Paz, era una de sus lecturas favoritas (Manuel, me acuerdo, estaba seguro de tener, él solo, la llave que abría el verdadero sentido oculto del poema); mientras que el poeta brasileño Haroldo de Campos era otro gran amigo suyo, de quien había preparado una importante antología bilingüe, en colaboración con Eduardo Milán: *Transideraciones* (México, El Tucán de Virginia, 1987; segunda edición aumentada y corregida: 2000). Pound, Paz y Haroldo de Campos: tres grandes de la vanguardia poética. Y sin embargo, si algo refleja la poesía de Manuel es una creciente desconfianza frente a la hegemonía ejercida por esta vanguardia y una vuelta hacia formas de expresión más directamente apegadas a la experiencia del hombre: una vuelta en la que cabe rastrear la influencia del último Cernuda, de Wordsworth y tal vez del Eliot de los *Cuatro cuartetos*; aunque también habría que tener muy presente a un poeta norteamericano como James Merrill, cuya poesía Manuel fue uno de los primeros (si no el primero) en presentar ante un público de lengua española: concretamente, en una antología publicada bajo un título escogido para esta ocasión por el propio Merrill: *Reflected houses/Casas reflejadas* (México, El Tucán de Virginia, 2000).

Al morir un escritor cuando apenas ha llegado a la mitad del camino, siempre existe la tentación de especular sobre lo que hubiera llegado a hacer si la muerte no le hubiese segado. En este caso, no cabe duda de que, al morir, Manuel estaba en su mejor momento, con muchos planes para el futuro. El día antes de su muerte había enviado a Estados Unidos las pruebas de sus *Selected poems*, una antología en inglés debida a la labor del poeta estadounidense Indram Amirthanayagam. Había estado preparando también una edición (en español) de toda su poesía, así como un libro que reuniera una selección de sus ensayos, crónicas y entrevistas. Por otra parte, hay que tener presente el cortometraje inspirado en los *Nocturnos* de Xavier Villaurrutia que acabada de hacer en colaboración con Dolores Creel. Emitida por el Canal 22 de la televisión mexicana poco después de la muerte de Manuel, la película se concibió no sólo como un homenaje a Villaurrutia, poeta cuyo centenario se celebrará pró-